

LIBRO III

LA PROPAGACIÓN DEL BUDHISMO EN LA INDIA

CAPÍTULO VI

La conquista de Alejandro.

La subida de los Maurya y su reinado.—El budhismo en el reinado de Aroca.—Los últimos Maurya y sus sucesores.

La subida de los Maurya y su reinado. La dinastía robusta de los Maurya fué fundada por Chandragupta (el Sandracot de los griegos) descendiente según la leyenda, del sakia que cuando la destrucción de Capila huyó al Himalaya, donde fundó un pequeño reino. Al ser vencido este rey por un rey vecino, su esposa huyó á Pushpapura ó Pataliputra, donde parió un hijo, el cual fué encontrado por un pastor, que lo dió á un cazador y se crió luego entre muchachos pastores y aldeanos. Según otra tradición, Chandragupta fué hijo legítimo ó ilegítimo de una mujer ó concubina de un Nanda. Otras tradiciones le hacen hijo de un jefe ó general de los Nanda, y siendo despedido por éstos, se hizo luego poderoso, conquistando un reino. Siempre resulta de la historia que la juventud de Chandragupta se relaciona de cerca ó de lejos con los Nanda, reyes de Magadha, á los cuales sucedió posteriormente en el trono. Por esta razón es necesario que empecemos por la historia de los sucesores de estos reyes, es decir, los de Bimbisara y los de Ayatasutra, de los cuales ya hemos hablado algo.

Las fuentes brahmánicas y las budhistas del Norte y del Sur citan series de reyes de Radya-griha y de Pataliputra con los años de sus reinados; pero no concuerdan ni en los datos ni en los pormenores con los datos históricos que resultan de otra parte. Lo único en que están acordes es en que los primeros reyes mataron cada uno á su padre, como hizo Ayatasutra, para sentarse en el trono. Por esto merecen poca fe todas estas listas de reyes, y menos aún las listas brahmánicas. También son diferentes é imcompletas las listas budhistas del Norte, de modo que procu-

raremos presentar la historia del mejor modo posible, tomando por base la crónica de Ceilán, que es también la más antigua y la más creíble.

El sucesor de Ayatasutra, que reinó todavía veinticuatro años después de la muerte del Budha, fué Udayin ó Udayibhadra, al cual sucedieron de padre á hijo Anurudha, Munda y Nagadasaca, que juntos reinaron cuarenta y ocho años. Al cabo de este tiempo reemplazó á esta dinastía de parricidas Susunaga, hijo de un príncipe de los Lihavi de Vaisali, que reinó diez y ocho años según unos y diez según otros, sucediéndole su hijo Calasoca ó Cacavarna, que reinó veintiocho años. Con esto se llega á ciento diez ó ciento diez y ocho años después de Budha, es decir, más allá del primer sínodo, y según otra relación, hasta el segundo. Si admitimos el período de diez y ocho años como más exacto, fijando la muerte del Budha en el año 477 antes de nuestra Era, quedan hasta la subida al trono de Chandragupta en el año 315, cuarenta y cuatro años que se atribuyen en una mitad á los reinados de los diez hijos de Calasoca y en la otra mitad á los nueve reyes Nanda que se citan, pero que según la crónica, relativamente, más moderna de Ceilán, eran idénticos á los diez hijos de Calasoca después de Badrasena, lo que parece también más verosímil. El último individuo de la dinastía Nanda fué Dana-Nanda ó sea Nanda *el codicioso*, en cuyo reinado Alejandro Magno, rey de Macedonia, invadió la India para completar sus conquistas, de cuyo hecho hablan las leyendas é historias de todos los pueblos, excepto la historia de la India, que entonces no se había escrito todavía, y sus crónicas posteriores no mencionan este suceso porque en general sólo tratan de sucesos notables por su trascendencia profunda en los asuntos interiores.

Alejandro Magno emprendió su campaña de la India á fines de la primavera del año 327, después de haber conquistado, para asegurar sus espaldas, las provincias septentrionales de la Persia, la Bactriana y la Sogdiana; de haber fundado ciudades nuevas y de haber poblado éstas

y otras con soldados mercenarios y bárbaros. También había entablado relaciones con príncipes indios como Mofis, el joven rey de Taxila ó de Taxasila, que se puso á su disposición contra sus vecinos. Tres años pasó en el Paropamisso, país de Persia, en cuyo tiempo concibió y preparó el paso á la India, habiendo reunido en el invierno del año 328 al 327 un ejército de 120.000 infantes y 15.000 jinetes en la antigua capital de la Bactriana. Con este ejército se puso en marcha hacia el Norte al pie del Hindukush, desde donde se dirigió á Nicaya ó sea Astacia. Pero debemos limitarnos aquí á exponer la relación que esta empresa, descrita por tantos historiadores, guarda con la historia de la India.

El camino desde el país de Cabul hasta el Penjab pasa, describiendo infinitas curvas, por barrancos y desfiladeros grandes y pequeños. Uno de los más rectos y el aprovechado desde remota antigüedad por pueblos y ejércitos invasores y conquistadores, es el curso del río Cabul hasta su desembocadura pasando por las montañas de Khond y por el desfiladero de Khaiber hasta Pushcalavati. Por este camino envió Alejandro á Perdicas y Hefestion con la mitad de sus fuerzas, proponiéndose volver á reunirse con ellos en Nicaya, á donde había dado cita también al rey de Taxila y otros príncipes y reyes de la India para que le presentaran su sumisión y homenaje. Entretanto, con la otra mitad de sus fuerzas, tomó la dirección del Norte al través de las montañas, de cuyas poblaciones, ciudades y plazas fuertes había tenido noticia, así como de su valor. En esta marcha venció y conquistó, pasando por los ríos Coas, Conar y Gauri, las ciudades de Andaca, Bagor, Masaca, Ora y Bazira, algunas de las cuales encontró abandonadas é incendiadas por sus habitantes, mientras otras fueron defendidas heroicamente.

Al llegar la primavera Alejandro había ya vencido y sometido á los asvaca; y después de haber tomado posesión de Pencaleotis llegó á orillas del Indo, algunas leguas al Norte de Atok, donde se volvió á reunir con sus dos generales, que habían llegado allí sin grandes dificultades y habían echado, siguiendo sus órdenes, un puente sobre el río. Continuaba todavía en manos del enemigo la plaza fuerte de Avarana (Aornos), situada entre Embolima y Bazira, donde se habían concentrado los restos de las fuerzas indias. Alejandro sitió y tomó esta plaza, dejando en ella guarnición, como en las otras; y después de

dispersar un ejército enemigo, que había reunido un hermano del rey de Masaca en la ciudad fortificada de Darta, pudo jactarse de haber sometido los territorios donde al Oeste del Indo habían dominado en otros tiempos los reyes persas Darío y Jerjes. Antes de pasar el río recibió todavía á los embajadores del rey Taxiles, que le presentaron millares de cabezas de ganado bovino y lanar, elefantes, centenares de talentos de plata y un cuerpo de caballería.

Después de esto trasladó Alejandro su ejército al otro lado del río, parte por el puente y parte en barcos y almadías, y entró en el territorio de Taxila, cuyo rey le recibió con todos los honores debidos en su capital. Allí se le presentaron reyes y príncipes de territorios vecinos, ya en persona, ya por medio de embajadores, como lo hizo el soberano de Abisara, para ofrecerle sus homenajes y sumisión. A todos ellos dejó Alejandro sus territorios en calidad de vasallos suyos, con la obligación de admitir una guarnición macedonia y obedecer á un gobernador ó sátrapa. Le inspiraba naturalmente poca confianza la fidelidad de algunos de aquellos potentados, sobre todo la del rey de Abisara, que era uno de los más poderosos, al cual obedecía también el país de Cachemira y que además era enemigo del rey de Taxila y amigo de Poro, el soberano más poderoso del Penjab.

Poro, llamado también Paurava, ó sea descendiente de Puru, cuyo reino estaba situado entre el Hidaspes, llamado hoy Dylam, uno de los cinco ríos del Penjab, y el Asikne (Acesines), respondió á la intimación de Alejandro, que le mandaba salir á recibirle á la frontera de sus Estados, presentándose con un ejército cuádruple que el ejército invasor, con sus carros de guerra, elefantes y guerreros de á pie y á caballo, componiendo solo la infantería el doble del ejército enemigo. La batalla que se entabló entre los dos ejércitos fué la más empeñada de toda la campaña y una de las más famosas de la historia de todos los tiempos; famosa en la vida del conquistador así como en la historia de la India, habiendo sido por lo mismo descrita por muchos autores antiguos griegos y otros posteriores hasta los modernos, que han estudiado los lugares. Por lo mismo podemos limitarnos aquí á referir los rasgos principales y los resultados de la lucha.

Cerca de Yalapur, donde convergen las cordilleras del Norte y Oeste, no lejos del Hidaspes, dejando sólo un angosto paso, hallaba

acampado el ejército de Alejandro, separado del de Poro sólo por el río. El rey indio había ocupado cuidadosamente todos los puntos que, en su opinión, podían permitir el paso del enemigo y creía que éste estaba resuelto á aguardar el fin de la estación de las lluvias, cuando Alejandro efectuó el paso. El rey macedonio atravesó el río con una tercera parte de sus fuerzas, dejando otra tercera parte en el campamento á las órdenes de Cratero y enviando el resto á cierta distancia al Norte para pasar el río más adelante, durante la noche, detrás de las alturas inmediatas á la orilla, hasta Darapur (Delavar), situada río arriba y algo más abajo de Yelam. En este punto una isla cubierta de follaje ocultó el paso del ejército por el río, maniobra que impidió la reunión de la hueste de Poro con la de Abisares, que debía llegar por aquel sitio. Estaba ya realizado el paso de casi todo el ejército, cuando el enemigo lo advirtió y avisado Poro envió al encuentro del enemigo una sección de caballería con gran número de carros de guerra á las órdenes de su hijo. Esta tropa fué derrotada, pereciendo el hijo del rey en la pelea.

Entonces el mismo Poro acudió con todas sus fuerzas al combate y dejando en el campamento sólo las tropas más necesarias, situó las suyas en una llanura, en larga línea de batalla, siguiendo la táctica india, es decir, colocando los elefantes en primera línea, á suficientes distancias entre uno y otro, y detrás de ellos, en segunda línea, la gente de á pie, y la caballería en ambas alas y apoyada por los carros de guerra. En esta posición aguardó el ataque. Alejandro envió su caballería contra la caballería india, y componiéndose aquella de sogdianos, bactrianos y dacios, jinetes por naturaleza y montados en corceles robustos y veloces, se mostró superior á los jinetes indios, que tuvieron que retirarse detrás de los elefantes. Entonces mandó Poro soltar una parte de éstos, ante cuya embestida y rugidos los jinetes y caballos macedonios huyeron espantados; pero no la infantería, que entonces avanzó á pesar de los grandes destrozos causados por aquellos animales feroces, que en número siempre creciente se arrojaron sobre ella. En aquel momento emprendió la caballería india un nuevo ataque, pero fué también rechazada, y arrojándose luego la caballería macedonia sobre la infantería india, sembró la confusión en sus filas, causándole muchas bajas. Entonces se generalizó la lucha entre hombres y animales,

que fué espantosa y mortífera. Los elefantes de guerra, perdidos sus conductores, y en su mayor parte furiosos, y muchos de ellos heridos, embistieron á amigos y enemigos sin distinción, derribando y aplastando á cuantos encontraron en su camino, hasta que muchos de ellos desjarretados á hachazos y los demás cansados, quedaron tendidos en el campo. Alejandro consiguió volver á reunir y ordenar á los suyos, y formando la falange con su infantería la dirigió contra el enemigo, mientras él á la cabeza de su caballería le atacaba por la espalda. Este movimiento decidió la batalla, y las fuerzas indias, á pesar de su mayor número y de su valor, sucumbieron ante la superioridad del arte militar macedonio. Destrozada la caballería india, cubierto el campo de multitud de cadáveres y heridos de la infantería, y fugitivas las tropas que quedaban, llegaron Cratero y Tolomeo con las suyas frescas, que completaron la victoria de Alejandro y la derrota del enemigo persiguiéndole y destrozándole. Poro se había mostrado digno descendiente de sus antecesores y de su corona, gran general y héroe. Alejandro le persiguió en su huída con intención de salvarle antes de que fuera víctima de otros perseguidores, pero su caballo cayó y fué enviado Taxiles en su lugar á Poro. Poco faltaba para que Taxiles sucumbiera al ataque del rey indio cuando llegaron otros, entre ellos Meroes, amigo de Alejandro, y entonces bajó Poro de su elefante, se rindió, y después de haber apagado su ardiente sed, hízose conducir á presencia del vencedor, que le recibió respetuosamente, admirando su aspecto y continente noble. Preguntado por Alejandro cómo quería ser tratado, respondió Poro, según se dice: «Como rey.» Y vuelto á ser preguntado lo que se le ofrecía, añadió que la primera contestación lo decía todo. En efecto, el vencedor le concedió todo lo que le aconsejaban su magnanimidad y su interés. Devolvió á Poro su reino, bien que en calidad de provincia del imperio de Alejandro, y hasta lo engrandeció más adelante muchísimo con otros territorios conquistados, ganando de esta manera en el poderoso rey indio un aliado y vasallo fiel más poderoso que antes.

Alejandro permaneció treinta días en el territorio de Poro y fundó dos ciudades nuevas, una llamada Bucéfala, en el sitio del campamento que había ocupado su ejército antes de pasar el río, y otra llamada Nicaya, al otro lado del río. Además fortificó otras ciudades y después se di-

rigió al país de Glauca ó Glaucanica, situado más al Este y Sudeste, donde se le rindieron muchas y grandes ciudades que agregó al reino de Poro. Siendo aquel terreno abundante en bosques de árboles excelentes para construcciones hizo cortar muchos á fin de construir una escuadra para bajar en su día por el Hidaspes y el Asikne al Indo y al mar. Abisares, temeroso, envió al conquistador á un hermano suyo con presentes, oro y elefantes; pero Alejandro le mandó á decir que se presentara en persona, antes que él le fuese á buscar á la cabeza de su ejército. También sofocó una sublevación de los asacanos por medio de sus sátrapas, y hecho esto pasó el Asikne, llegando al reino del otro Poro, el menor, rey de Gandaritis, que le había ofrecido antes su amistad, pero que después había preferido huir. Encargó entonces Alejandro á su general Hefestion que se apoderase de todo aquel país y lo agregara al imperio de Poro el mayor, tío del otro.

Después continuó su marcha hasta más allá de los ríos Irawady y Ravi (Hidraotes), encontrando el país habitado por pueblos guerreros, seminómadas que no reconocían rey y que hasta entonces habían conservado su independencia. Aquellos pueblos eran los llamados bahikas en el idioma de los brahmanes, y también por otro nombre aratas, y por los griegos cataes. En vano habían querido someter á estos pueblos Poro, el mayor, y Abisares con sus ejércitos reunidos. Alejandro, después de haber sometido los primeros de estos pueblos, echó de ver que á medida que avanzaba, se volvían á reunir los vencidos, cataes, kshudracas, mallas y otros, á sus espaldas, concentrando todas sus fuerzas en su ciudad fuerte de Sangala para defender desde allí su libertad é independencia.

Contra este baluarte se dirigió Alejandro y lo tomó por asalto después de una marcha de tres días, de una resistencia heroica y de repetidas tentativas de los sitiados para evadirse. Los que no murieron en el asalto fueron acuchillados en número de muchos miles por orden del vencedor, que quiso ofrecer un escarmiento terrible á otros pueblos. En otras dos ciudades aliadas de Sangala y cuyos habitantes habían huído, mandó degollar á los pocos que habían quedado, ancianos y enfermos. Sangala fué arrasada, después de lo cual no encontró apenas resistencia Hefestion, al cual había encargado Alejandro la sumisión de los demás pueblos. Sus territorios fueron in-

corporados al imperio de Poro, que se había mostrado en esta guerra aliado fiel y cuyo imperio se extendió con este aumento desde el Hidaspes hasta el Hifasis (el Vipas ó Vipaca de los antiguos indios), donde el destino puso fin, como se sabe, á la sed de conquististas de Alejandro, el cual tenía intención de pasar más al Este, hasta el Ganges y hasta su desembocadura en el Océano.

Había oído á Fegueo, el último rey que se le había sometido, hablar de la gran extensión del imperio de los prasios, del vigor y valor de sus habitantes, de los numerosos ejércitos y tropas de elefantes de su soberano y de que éste era odiado por su pueblo. Tales noticias excitaron al conquistador á no retroceder ni aun ante las doce jornadas por el desierto que le separaban de aquel imperio; pero lo que no pudieron desiertos, montañas, ríos ni otras dificultades de la naturaleza, ni la resistencia de pueblos valientes que defendían su libertad é independencia, lo logró su propio ejército, que no quiso seguirle más lejos. Las tropas de Alejandro estaban cansadas y atacadas de nostalgia. Además sus adversarios habían sido muy respetables, y les esperaban otros más numerosos y más fuertes, á todo lo cual se agregaban la estación de las lluvias y las noticias de tener que pasar fatigas todavía mayores que las anteriores, alejándose siempre más y más de su patria, tan distante ya. Por esto aquel ejército tan victorioso, obediente y sediento de gloria, se resistió á seguir á su jefe á pesar de las promesas de Alejandro y de sus generales de nuevas glorias y nuevas riquezas. Alejandro no disimuló su disgusto durante muchos días, pero el ejército permaneció inflexible hasta que el conquistador cedió y se declaró vencido por la voluntad de los dioses y las súplicas de su ejército, lo que llenó á éste de júbilo.

Después de haber hecho erigir á orillas del Hifasis, en un punto que no se ha podido identificar todavía, doce altares elevadísimos á manera de torres, en memoria de sus doce falanges, en los cuales se hicieron solemnes sacrificios á los dioses patrios, solemnizando la fiesta con juegos olímpicos, empezó Alejandro el regreso, que fué emprendido á fines de Agosto del año 327, en dirección Noroeste. Detúvose corto tiempo á orillas del Asikne, donde recibió las embajadas de Abisares y de Arsaces, rey del vecino país de Urasa. Volvió á emprender luego la mar-

cha, y llegó á los veinte días otra vez á orillas del Hidaspes, donde restauró las ciudades de Nicaya y Bucéfala, que habían sufrido mucho en la estación de las lluvias. En seguida organizó su dominio sobre los pueblos sometidos, á cuyo efecto había llamado sus embajadas. Llamó también á los reyes Taxiles y Poro, á quienes confirmó en sus dominios y los nombró sátrapas de aquella parte de la India, y, finalmente, dispuso una gran escuadra para navegar por el Indo y descender por este río hasta el mar con todas sus fuerzas, incluso las últimas que le habían enviado de su país. Todo esto le ocupó hasta fines de Octubre, y después de hacer solemnes sacrificios á Hércules y á las divinidades marítimas y fluviales para alcanzar su protección en el viaje de regreso, emprendió éste y bajó por el Hidaspes hasta su confluencia con el Asikne, marchando una parte del ejército, á las órdenes de Cratero, por la orilla derecha, y otra parte mayor, con doscientos elefantes, á las órdenes de Hefestion por la orilla izquierda del río, y escoltando así los dos ejércitos al tercero, que bajó por el río embarcado en la flota, compuesta de dos mil naves aproximadamente, á las órdenes de Nearco. Alejandro se halló á bordo de uno de estos buques. Los habitantes ribereños acompañaron, según dice la historia, respetuosamente y cantando á la imponente expedición, que marchó sin ningún contratiempo durante cinco días hasta que llegó á la confluencia de los dos ríos, donde la flota sufrió averías y donde Alejandro desembarcó en la orilla derecha más abajo de la confluencia para emprender nuevas y sangrientas luchas contra tribus guerreras en ambas orillas del río. Alejandro las sometió y volvió á su escuadra, que encontró recompuesta. Dió orden á Nearco de continuar la ruta hasta la desembocadura del Hidraotes, y encontrando también allí á sus generales, mandó á Cratero escoltar la flota con una parte del ejército, mientras él y los generales Hefestion y Tolomeo marchaban con el resto á someter á los mallos y oxidracos sublevados.

No entraremos aquí en la descripción de estas expediciones y guerras que concluyeron con la sumisión de aquellos pueblos valientes y aliados, pero desunidos. Lo que merece notarse es que, sin excepción, fueron siempre brahmanes los que excitaron á los pueblos á la resistencia contra el extranjero, lo cual pagaron con un degüello en masa. Al asaltar una fortaleza de los mallos se

arrojó Alejandro solo, sin ningún acompañamiento, entre los enemigos, quedando tan gravemente herido que fué sacado de la pelea por muerto y llevado al campamento á orillas del Hidraotes, donde curó. La fortaleza fué tomada y degollados todos los habitantes sin exceptuar á las mujeres y niños. El terror indujo á otros pueblos y á los oxidracos á someterse, ofreciendo al vencedor rehenes y presentes. Entretanto habíanse construido más buques que aumentaron la escuadra que llevó á Alejandro y á su gente río abajo, juntándose en el camino con la flota mandada por Nearco y con el ejército terrestre mandado por Hefestion. Bajando más se juntó con la expedición otro ejército mandado por Perdicas, y sometidos que fueron los pueblos ribereños, los ambastanos y osadios, se continuó la marcha hasta el Indo.

En el Sindh, en la región del Bajo Indo, fué fundada una ciudad llamada también Alejandria. Allí eran menos guerreros los habitantes, que estaban gobernados por reyes é influidos por brahmanes. En ambas orillas del río vivían los sudras, más al Este los sugdas, cuya capital fué destinada para otra ciudad llamada también Alejandria, y para residencia de Peiton, el sátrapa nombrado para el país del Sindh.

Cuando Alejandro llegó en su marcha rápida al país de los musicas ó musicanos, acudió el rey de estos pueblos algo tardíamente, con ricos presentes y todos sus elefantes, para someterse al conquistador. Alejandro le dejó su reino, pero puso una guarnición macedonia en el castillo de la ciudad. Mas vaciló el rey Prasta, cuyo reino confinaba con el del anterior y que sólo ofreció su sumisión cuando sus dos ciudades principales, la segunda después de tres días de sitio, hubieron caído en manos del vencedor. El rey, que se había retirado al castillo de la segunda ciudad, envió su sumisión á Alejandro; pero sus mensajeros llegaron cuando el castillo había caído ya, la ciudad había sido entrada á saco y destruída, y cuando el mismo rey había sido hecho prisionero y muerto. Otras ciudades de aquella región se rindieron también.

Los territorios de los musicanos y de los prastas se hallan situados en parte entre los dos brazos del Indo que se vuelven á juntar cerca de Patala. Al Oeste, en país montuoso, reinaba entonces Sambo, que se había sometido antes del rey de los musicanos, pero que después había huído de su país. Su capital Sindinama, hoy Si-

van, se entregó á merced del conquistador cuando éste marchó hacia ella, y lo mismo hicieron otras ciudades que por esta razón fueron tratadas benignamente. Pero otras hubieron de ser tomadas á viva fuerza y fueron destruídas, sus habitantes degollados ó vendidos, y muchos brahmanes que habían excitado á la población á la resistencia fueron muertos. La misma suerte tuvieron algunas ciudades de los musicanos que se rebelaron con su rey después de haberse sometido. Fué mandado contra ellos con las fuerzas necesarias el sátrapa Peiton, que hizo prisionero al rey y lo condujo, con otros prisioneros al campamento de Alejandro, donde fué crucificado con un gran número de brahmanes. También se había presentado en el campamento entonces el rey de Patala para someterse, pero después huyó con los suyos. Esto sucedió cuando Alejandro había enviado otra vez á Cratero con una parte de sus tropas y todos los elefantes á Caramania; á Hefestion, por la orilla derecha del río, á Patala, y á Peiton por la izquierda, con fuerza armada, para establecer colonias y asegurar su dominio; mientras él bajaba con la flota hasta las desembocaduras del río. Encontrando después la ciudad de Patala y su comarca abandonada por sus habitantes, mandó apresar á todos los que pudo, y los indujo, y por medio de ellos también á otros, á regresar á sus hogares.

Patala ó Potala, que estaba situada en el lugar ó en la proximidad del que ocupa hoy la ciudad de Haiderabad, se levantaba en el vértice del delta del Indo y era desde antiguo puerto y emporio de comercio. Desde este punto recorrió Alejandro los diferentes brazos en que se divide allí el río para buscar la mejor salida al mar, encargando entretanto á Hefestion de la construcción en el citado punto de un castillo ó fuerte, un puerto y un arsenal para la construcción de buques. El castillo estaba concluído cuando Alejandro volvió de la exploración del brazo occidental del río, en cuya desembocadura la marea baja, de la cual no tenía noticia, y la tempestad habían destruído parte de sus embarcaciones. En esta expedición se sirvió de indios apresados durante la marcha para que hicieran el oficio de pilotos. Después bajó por el brazo del Este y halló no lejos de su desembocadura un dilatado lago, junto al cual hizo construir también después un puerto y un arsenal, dejando en él una guarnición. Allí encontró salida

más fácil que en el brazo occidental. Pasó con algunos de sus buques al mar, siguió la costa á caballo á la distancia de algunas jornadas, haciendo alumbrar pozos en toda la extensión recorrida y volvió después á Patala para emprender por fin su regreso y salir de la India.

Este regreso se efectuó, como se sabe, por mar y por tierra. Después de haber atravesado las montañas del Oeste y de haber dispersado en su mayor parte á los arabitos y á los oritos, los habitantes más occidentales de la India, penetró en la Gedrosia y su desierto, donde se le opusieron varios pueblos, á los cuales tuvo que vencer. Mandó á Hefestion fundar una nueva ciudad, á la cual dió también el nombre de Alejandria (quizás Rambacia), y dejó en ella una pequeña parte de su ejército á las órdenes de Leonato, para concluir la ciudad y acabar de someter á los citados pueblos fronterizos, de cuyo territorio nombró sátrapa á Apolofanes. Entretanto se hallaba detenido Nearco en el Sindh esperando el favorable viento de Nordeste, que sopla á principios de invierno, para emprender su famosa navegación por el brazo occidental y no por el oriental, como había querido Alejandro. Esta expedición, contra todo lo que se esperaba, resultó mucho más feliz que la terrestre, tan triste durante los sesenta días al través del desierto y de las estepas hasta Pura, durante cuyo tiempo Alejandro perdió las tres cuartas partes de su ejército, el cual pasó más privaciones y miseria que en toda la guerra de la India. Pero esto ya está fuera de nuestro relato. Lo que conviene decir aquí es que esta empresa de Alejandro Magno apenas figura en la historia de la India, en la cual se ha borrado todo recuerdo de las hazañas del conquistador macedonio y de cuyas obras nada queda en el país, habiendo desaparecido también los vestigios de sus doce altares á orillas del Hifasis.

Su presencia y su fuerza habían tenido algún tiempo en jaque á los reyes y á los pueblos libres; pero apenas se hubo marchado, estalló en todas partes la sublevación. Su último sátrapa pereció peleando con los oritos y su sucesor murió poco después. Peiton, que había sostenido á Nearco durante tres meses, fué expulsado, según parece, del país; pues luego desempeñó el cargo de sátrapa en la cuenca del alto Indo, y posteriormente figuró en Babilonia. Sólo se mantuvieron durante algún tiempo los reyes indígenas súbditos de Alejandro, aun después de la muerte de éste,

cuando Perdicas tomó la regencia. Aquellos reyes conservaron su posición tanto más tiempo, cuanto más libres é independientes se hicieron. Taxiles fué su propio sátrapa, no mencionándose ya en adelante á Abisares, su hijo y sucesor. Poro, el más poderoso y el más independiente de todos ellos, extendió su dominio hasta más allá de Patala, es decir, hasta las bocas del Indo. Antípatro, que fué regente por el tratado de Tripuradeiso, al principio de las luchas entre los sucesores de Alejandro, dejó á aquellos reyes su independencia, ya que no podía hacer otra cosa.

Cuatro años después, en 317, fué muerto Poro. Su muerte fué el principio del fin. Murió á manos de asesinos pagados por Eudemo, general de Alejandro enviado por éste para consolidar sus conquistas en la cuenca del Alto Indo. Pero después el mismo Eudemo, con infantería, caballería y más de cien elefantes (probablemente del ejército de Poro), tuvo que acudir al auxilio de Eumenes. Después figuró entre los adversarios de éste, á los cuales hizo también traición, hasta que Antígono le mandó decapitar por sus muchas maldades. Este hombre afortunado, que según refieren las historias, se había apropiado la herencia macedonia en Asia en el año 316, abandonó á su suerte las otras conquistas en el Punjab y más allá, al ocurrir el levantamiento que después de la muerte de Poro se realizó contra el dominio extranjero.

El que fué cabeza de esta sublevación, se apoderó de la herencia del conquistador extranjero en el Punjab y realizó el propósito de Alejandro, de conquistar el gran imperio oriental en la cuenca del Ganges, fué Çandragupta, el rey de los mauryas, cuya historia reanudaremos ahora. Los poemas y relaciones que tratan de la subida al trono del primer rey maurya, ofrecen muy poca seguridad histórica. Son fabulosos y difieren entre sí, como las leyendas del nacimiento del mismo rey, y sólo concuerdan en una cosa: en el poder brahmánico y en la influencia que utilizaron los brahmanes para excitar continuamente á los reyes y al pueblo del Punjab á sublevarse contra el dominio extranjero. Ellos fueron los que elevaron á Çandragupta de una posición inferior al puesto más elevado de la India.

El principal brahmán que figuró en esta elevación fué Canakya, hijo de Canaca, llamado también Vishdugupta. Era originario de Taxasila y se había hecho enemigo del rey Nanda de Pataliputra, tanto que juró el exterminio de toda

su familia, valiéndose para su objeto como instrumento del joven jefe maurya, Çandragupta, cuyo arrojo y genio esforzado había podido apreciar.

Ambos, el sacerdote y el guerrero, parecen ser originarios del Punjab. El primero figura en la elevación del segundo como representante natural del odio que profesaba el clero brahmán á aquella familia real pervertida y odiosa, y el segundo fué el esforzado adalid indio contra el dominio extranjero. Los dos, completándose y auxiliándose mutuamente, cooperaron á fundar un poder nuevo, más grande que todos los pasados. Todo lo que refieren las leyendas, cuentos y datos puede considerarse histórico en lo que tiene de creíble.

Era verdad lo que se había dicho á Alejandro de la perversión de la dinastía entonces reinante en Pataliputra, pues en las relaciones brahmánicas se refieren rasgos de la profunda inmoralidad, sobre todo, de las mujeres de esta dinastía, y los datos budhistas describen á los Nandas, en un principio, como bandoleros y salteadores de caminos, que se apoderaron del trono por la fuerza. El último de esta raza, que, como hemos dicho, fué llamado Dana-Nanda por su codicia insaciable, quiso al parecer recuperar el favor de los brahmanes, favor que había perdido desposeyendo groseramente á Canakya del sitio de honor que éste había ocupado en una reunión de brahmanes convocada por el rey en su palacio. Canakya era un maestro afamado que conocía los tres Vedas, y de la ofensa que se le hizo se resintieron todos sus colegas menos algunos pocos, pero todos sin excepción se adhirieron á su juramento de venganza, y el pueblo siguió al clero. Un escrito posterior, el Mudra-Raxasa, dice: «Una multitud de propietarios y de brahmanes abandonaron á la familia Nanda y el Canakya juró públicamente exterminarla.»

Faltan datos, pues no los hay ni brahmánicos ni budhistas, sobre los comienzos de Çandragupta; pero bien puede suponerse que no era persona desconocida cuando el brahmán mencionado le encontró apto y decidido para ser instrumento de su venganza, y cuando le instruyó en la ciencia de entonces. Por otro lado se cuenta que este guerrero había conocido á Alejandro en el Punjab, y que perseguido por él, á causa de su resistencia, había huído y en esta huida había comprendido su alto destino. Cuando el conquistador hubo evacuado el país, púsose Çandragupta á la cabeza del movimiento contra

los extranjeros, siendo la primera víctima Filipo, sátrapa del alto Indo. Esto nos induce á suponer que los sublevados se apoderaron del mando después del asesinato de Poro y de Taxiles, cuyos reinos fueron luego base del gran poder de Çandragupta. Entonces se hizo la alianza entre el brahmán sediento de venganza y el joven guerrero ambicioso, que probablemente comprendió la buena ocasión que se le ofrecía de aumentar su poder, en vista de la debilidad y descrédito del rey de los prasios. La tradición budhista dice que esta alianza se hizo en los montes Windias, á donde había huído Canakya. La misma tradición menciona ó deja suponer que fueron los pueblos montañoses ó sus príncipes los que apoyaron á Çandragupta. Acaso serían los mismos pueblos montañoses con los cuales Alejandro tuvo que luchar en el Norte del Indo; pero también pudieron ser los parvata, que habitaban al Norte de la cuenca del Ganges.

La conquista del imperio prasio se encuentra descrita de diferente manera en los escritos brahmánicos y budhistas. Estos últimos contienen bastantes fábulas; los brahmánicos citan nombres y hechos, pero como son obra muy posterior, merecen tan poca confianza como la relación budhista. Lo que parece seguro es que fueron menester muchas embestidas antes que se posesionaran del imperio. Çandragupta á la cabeza de un gran ejército reclutado por Canakya y acaso también con fuerzas aliadas, entre ellas las de Parvata, rey de las Montañas del Norte, y quizás también las de otros, emprendió la conquista, que se efectuó en varias campañas. Los partidarios del rey fugitivo, ó el Raxasa, su partidario fiel, procuró restablecer al rey en su trono y atrajo á su partido muchos otros reyes y también al hijo fugitivo de Parvata, asesinado como sabemos por instigación del alevoso Canakya, y al cual Raxasa había prometido la sucesión de los Nanda. Todos estos marcharon aliados contra Çandragupta. Los nombres de estos aliados indican en parte su origen del país del Himalaya y en parte del Punjab, Cachemira y Sindh, y se cita también á un rey de los parasicas, llamado Mega, seguido de una gran hueste de jinetes. El astuto brahmán se manejó de manera que el hijo de Parvata concibiera sospechas de las intenciones traidoras de los reyes aliados, á consecuencia de las cuales perecieron cinco de ellos y los demás, entre ellos muchos reyes bárbaros, abandonaron la empresa. Raxasa fué

hecho prisionero, y presentado á Çandragupta, el cual le hizo ministro suyo. Malayaketu, otro hijo fugitivo de Parvata, fué restablecido en el trono de su padre. Es fácil, pero no seguro, que de esta manera llegara Çandragupta á ser dueño del mayor imperio que hasta entonces se había conocido en la India, pues se extendía desde la península de Guzerat en el Oeste hasta las Bocas del Ganges en el Este, y desde los montes Windias en el Sur hasta el Himalaya en el Norte; de modo que comprendía, con poca diferencia, todo el territorio ocupado por la raza arya con algunos pueblos independientes en el Sur, entre el bajo Indo y las montañas de Aravali. Otros territorios como la península de Guzerat fueron seguramente conquistas posteriores. Igualmente había en el interior territorios regidos por soberanos independientes, y otros limitrofes que dependían más ó menos del gran imperio de Çandragupta. Lo que hizo á este nuevo imperio particularmente poderoso y grande, fué la posesión del Punjab, al otro lado del Indo, y luego también á este lado del río más allá de las montañas fronterizas, después que hubieron pactado paz y amistad Çandragupta y Seleuco.

Habiendo los sucesores de Alejandro permitido formarse el nuevo imperio indio, tuvieron que aceptar el hecho consumado y dejar que el astuto consejero de Çandragupta robusteciera el poder de éste. Es, por tanto, muy dudoso lo que se cuenta de una alianza del rey de Persia, es decir, el soberano de Siria, con los reyes de Cachemira y Sindh, y más dudoso todavía lo que se refiere á la participación del rey de Siria en la expedición guerrera del hijo de Parvata. Ofrece también dudas lo que se cuenta de una gran campaña de Seleuco Nicator contra Çandragupta, al cabo de la cual pasó Seleuco el Indo é hizo alianza de paz y amistad sellada por lazos matrimoniales, con su contrario. De todo esto sólo es verdad lo del casamiento y la cesión del Cabulistan hasta el río Cofen ó hasta su divisoria hidrográfica, ó sea hasta las montañas, para formar una línea fronteriza entre la India y la Siria, porque por mucho que deseara el rey de Siria reconquistar los dominios de Alejandro en la India, tenía que atender más que nada á la seguridad de sus dominios enfrente de sus adversarios del Oeste. Debemos á Megasthenes las noticias más antiguas sobre la India, la grandeza del imperio de los mauryas, la magnificencia de su capital y corte y muchas otras cosas que él mis-

mo vió personalmente. Fué este escritor enviado en calidad de residente á la corte de Sibirtio, sátrapa de Aracosia (Cabulistan), y si bien no se sabe exactamente cuándo fué nombrado para este cargo, se admite que fué antes de la muerte de Antígono, ocurrida en el año 301, y que desde entonces las relaciones fueron permanentes y activas entre las cortes de Pataliputra y Babilonia.

Çandragupta, el maurya, atravesó, según la tradición, la India con sesenta miriadas de guerreros, sin contar treinta mil jinetes y nueve mil elefantes, es decir, que recorrió el país como conquistador y fué el primero que fundó en la India un gran imperio. Esto sucedía al mismo tiempo que los grandes generales, sucesores de Alejandro, fundaban dinastías é imperios, muchos de los cuales figuraron en la historia del mundo. Pero las hazañas de Çandragupta y lo que hizo para consolidar y robustecer su poder, no constan en la historia. Murió después de veinticuatro años de reinado, en el año 291 antes de nuestra Era.

Su hijo y sucesor fué Bindusara, llamado también Varisara y por los griegos Amitroctes, es decir, Amitragatha, ó «matador de enemigos». Mantuvo relaciones amistosas con los Seléucidas y envió embajadas á Babilonia. A su vez Antíoco Soter envió otra embajada á Pataliputra, presidida por Daimaco, y poco antes se habían establecido ya relaciones entre el soberano indio y los Tolomeos de Egipto. Tolomeo II Filadelfo tuvo un embajador llamado Dionisio en la corte de Pataliputra, cuyo rey Bindusara pidió al soberano babilónico que le enviara no solamente vino é higos, sino además un hombre instruído en letras y ciencias. También se cita como embajador de Tolomeo á un personaje llamado Basilis. Fuera de esto, poco se sabe del hijo de Çandragupta, cuyo hijo Asoca le sucedió en el trono después de los veintiocho años de reinado (desde 291 hasta 263) de su padre Bindusara. A no ser por los monumentos é inscripciones debidos á este rey Asoca, se podría creerle personaje legendario, mucho más siendo soberano indio y protector de la religión budhista, que con sus leyendas es capaz de obscurecer los sucesos más históricos.

Çandragupta debió en gran parte su subida al trono á los brahmanes, á quienes él y su hijo protegieron y honraron, tanto que tenían, se-

gún dice la leyenda, diariamente á millares por huéspedes. Asoca siguió su ejemplo, pero se hizo más adelante budhista y fué protector celoso de esta religión. Este cambio fué la causa de que la figura de Asoca casi haya desaparecido bajo una balumba inmensa de leyendas brahmánicas y budhistas.

Asoca, por sobrenombre Priyadarsin ó Piyadasi, como él mismo se llamó posteriormente, era el mayor de dos hermanos, hijos de una de las diez y seis mujeres de Bindusara, mujer cuyo padre fué un brahmán de Campa. Su hermano, de la misma madre, se llamaba Tishya y según otros Vita ó Vitasoca. Según otras relaciones, tenía hasta noventa y nueve hermanos más, siendo el preferido para suceder á su padre en virtud de una prueba á que fueron sometidos él y sus hermanos por consejo de un monje. Concuerdan las relaciones en que Asoca fué enviado por su padre á Taxasila para sofocar una sublevación, pues parece que esta ciudad fué siempre un foco de revoluciones. Al saber los habitantes que el príncipe iba con un ejército, salieron á recibirle y le dijeron que su intención no era levantarse contra el rey, sino que se habían sublevado contra sus ministros. Dicho esto, acompañaron al príncipe Asoca en triunfo por las calles. De esta ciudad refiere la leyenda otra sublevación, para cuya represión fué enviado el hijo mayor de Bindusara, llamado Sasima ó Sumana, y también se habla de una rebelión de los khasa, probablemente otro pueblo de la cuenca del Indo, rebelión que el príncipe Asoca sofocó. Al mismo tiempo se cuentan de él muchos hechos de armas brillantes.

Contaba Asoca veinte años de edad, y tenía un hijo llamado Mahendra y una hija llamada Sanghamitra, habidos con la hija de un comerciante de Vidisa (hoy Bhilsa), de la cual se había enamorado, cuando recibió la noticia de la muerte de su padre hallándose en Uyyayini. Inmediatamente se puso en marcha para apoderarse del trono. Según una tradición, mandó asesinar uno tras otro á sus noventa y nueve hermanos para librarse de rivales. Según otra tradición, subió al trono cuando estalló entre él y sus hermanos una contienda que duró muchos años, acabando con la muerte violenta de estos hermanos y de sus consejeros. Otra tradición, también del Norte, como la anterior, hace subir á Asoca al trono, valiéndose de la astucia, cuando su padre estaba moribundo, y cuando su her-

mano mayor Susima, nombrado sucesor, estaba ausente. Este último acudió al recibir la noticia de la muerte de su padre, pero murió al querer apoderarse de la ciudad, ahogándose miserablemente en un pozo preparado por Radhagupta.

Ninguna de estas tradiciones más ó menos novelescas tiene valor histórico. Puede ser histórico que Asoca, como dice su sobrenombre, Cama-Asoca, fuese dado al principio á la sensualidad, haciéndose después tirano, feroz y cruel, como supone su otro sobrenombre Canda-Asoca; pero lo positivamente histórico es que pasaron tres ó cuatro años antes de que fuera reconocido universalmente y coronado como soberano, por cuyo motivo se cuenta el principio de su reinado desde el cuarto año después de la muerte de su padre. Todo esto va envuelto en diferentes leyendas, que también describen su curación, iluminación y conversión final á la doctrina de Budha. Según una leyenda, un monje mendicante, que poseía la virtud de hacer milagros y que había llegado sin sospechar nada á la casa del sanguinario Asoca, en la cual tantos miles de personas habían entrado, sin que hubiese salido nadie vivo, fué el que consiguió la conversión del tirano. Según otra leyenda, la conversión de Asoca se debió á un sobrino suyo, el hijo de Susima, cuya esposa se había refugiado en una aldea de los candala, donde dió á luz un hijo al cual llamó Nyagrodha (Banian). Este hijo fué admitido á la edad de siete años como novicio en la comunidad budhista, y habiendo llegado al grado de venerable, fué maestro de su tío y le convirtió. Tres años después de su coronación se hizo Asoca budhista é ingresó con todas sus mujeres, sus hijos y parientes en la comunidad laica; construyó un gran convento, al cual dió su nombre, y celebró con una gran fiesta su conversión.

Habían pasado más de treinta y dos años, dice una inscripción de Asoca grabada en la peña de Sahasaram, cuando en el último año de su vida, Asoca, el rey piadoso y amado de los dioses, se acordó del día en que hizo anunciar al pueblo, entre fogatas de alegría y el redoble de tambores, su conversión. En la misma inscripción consta el recuerdo de su maestro Nyagrodha y de sus sentencias que habían abierto los ojos del rey. Recuerda también el poco celo que había tenido antes, y el mucho celo que le había animado después cuando se había hecho ya monje de la comunidad. Su lenguaje parece, en efecto, el de un

anciano incapacitado ya para los trabajos del gobierno y del mundo, no tanto por la fe y devoción como por la vejez y caducidad. Declara falsos los dioses adorados antes en Jambudvīpa.

No todo lo que se sabe de las virtudes y de los actos de este rey devoto durante su reinado, parece inspirado por el celo de su fe religiosa, pero por otra parte se sabe muy poco más de sus actos puramente mundanos ó sean civiles. Se conservaron las relaciones con los potentados del Oeste y se extendieron y aumentaron probablemente con el tiempo porque en las inscripciones de edictos de Asoca, que se encuentran en las rocas de Capur-di-Qiri, Khalsi, Gírnar, etcétera, se habla dos veces de Antíoco, el rey de Siria, con motivo de remedios curativos; y en otro pasaje se citan además de Antíoco otros cuatro reyes griegos que reinan en países lejanos, á saber: Tolomeo (el segundo de su nombre, rey de Egipto); Antígono, probablemente el rey de Macedonia; Magas, el de Cirene, y Alejandro, el hijo de Pirro. Partiendo de los datos que resultan de esta inscripción, que fué hecha en el duodécimo año del reinado de Asoca, sólo podían haber sido permanentes las relaciones de Asoca con Tolomeo y Antígono, y debieron de ser temporales las otras. El otro edicto trata en su primera mitad exclusivamente de la conquista de los montes de Calinga en el año noveno del reinado de Asoca, en cuya empresa fueron muertos cientos de miles de enemigos, muriendo otros tantos á consecuencia de la guerra, y más de cien mil fueron llevados prisioneros; después de lo cual el rey arrepentido se aplicó á estudiar y propagar la ley verdadera. Si á esto se añade lo que en la inscripción de los horrores de una guerra de conquista dice de otras conquistas, que cita como hechas ó que convenía hacer para la propagación de la ley verdadera y buena, podemos formar una idea de la extensión de sus dominios.

La vida de Asoca se presenta completamente aliada con el budhismo. Hizó entrar á su hijo y á su hija desde muy temprano en la orden budhista y hacia el fin de su vida turbaron sus últimos años tristes sucesos, especialmente domésticos, que acabaron por producirle una especie de demencia religiosa, que le impidió dominarse á sí mismo y á otros. No es decir esto que Asoca fuera intolerante y perseguidor fanático; muy al contrario, sus edictos y sentencias respiran amor y tolerancia, así como fe budhista. El octavo edicto grabado en la peña dice que á los diez